



LAS DOS ROSAS

En un escondido valle
hay todavía una torre
vecina al Carrión, que corre
de chopos entre una calle.

Castillo dicen que fué
poderoso, mas ya apenas
á través de dos almenas,
su ilustre origen se ve.

Tendidos sobre una altura
vense un torreón y un muro,
pero en montón tan obscuro,
que medrosa es su figura.

Brota á sus pies sin respeto
espeso zarzal salvaje,
cuyo espinoso ramaje
vegeta al peñón sujeto.

Ya no hay ni mojón ni senda
que á su rastrillo conduzca,
ni puerta en que se deduzca
que hay dentro quien le defienda.

Allá por algunos trigos
que crecen en derredor,
de su ruina y su dolor
imperturbables testigos,

hay paredes que á pedazos
están mostrando que ayer
pudieran bien mantener
un pueblo sus rotos brazos.

Hoy en pajiza cabaña
vela un pastor el misterio
de aquel corto cementerio
que el agua del Carrión baña.

Allí una generaci6n
duerme tal vez escondida.....

así de la amarga vida
las cosas frágiles son.

Sin curar de historias viejas,
al son de tosco estribillo,
él encierra en el castillo
por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa,
y él no pasa de pastor;
pues no ha de ser su señor,
poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué
la techumbre á que se acoge,
hombros y labios encoge,
la mira y dice: «No sé.»

Los días que van pasando,
la colina gastarán,
y al cabo concluirán
el castillejo enterrando.

Entonces, ya de la historia
del edificio primero,
ni el pastor ni el pasajero
tendrán confusa memoria.

Apiñada en un hogar
en derredor de la lumbre,
desvelada muchedumbre
acaso la oirá contar.

Contarála un peregrino,
á quien tal vez por su cuento,
darán escaso alimento
para seguir su camino.

Y yo, que siempre miré
como un viaje nuestra vida,
por historia entretenida,
del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba,
mal que pese á vuestro empeño,
os ahuyenta el blando sueño,
yo voy á entonar mi trova.

Escuchadla; y si al calor
os dormís de vuestra almohada,
de una noche sosegada
sois deudores al cantor.

El sol, del medio del cielo,
brillantes rayos despide,
que del Carrión reverberan
entre las ondas humildes.
Engrosadas van ahora
con las nieves que derrite
en las crestas de las sierras
con que Castilla se ciñe;
y entrambas riberas bordan
con duros hielos, que oprimen
los restos que dejó Mayo
de sus céspedes sutiles.
Altos y desnudos chopos
las orillas le dividen,
que al agua las ramas tienden
porque en el agua se miran;
y ellas ufanas pasando,
por la sombra que reciben,
con blando murmullo lamen
los troncos y las raíces.
Es un día puro y diáfano,
cuanto Diciembre permite
que en su mustia presidencia
el sol del invierno brille.
Alegre, cuanto alegrarse
es permitido á los tristes;
diáfano, cuanto la niebla
á un sol sin fuerza se rinde.
Y es un pueblecillo oculto
tras una peña, en que firme
estriba un alto castillo
que de protector le sirve.
Dos esquilonos agudos
en disonante repique
el toque de mediodía
al aire en calma despiden,
y en medio están de la plaza
cuantos hidalgos la viven,
los sombreros en la mano,
inclinadas las cervices.

Las mujeres, apartadas
sus labores mujeriles,
esperan devotamente
que los hombres se santigüen,
Los muchachos, impacientes,
á hurtadillas se sonríen,
por más que les amonestan
los viejos que les imiten.
En un balcón de una casa
que más alto nombre pide,
por los roídos escudos
con que sus paredes viste,
por los vidrios que al sol dejan
que su interior ilumine,
y los calados de un arco
que mal al tiempo resiste,
hay dos personas que, vueltas
de espaldas al sol, impiden
que se alcance desde abajo
si recen ó si platiquen.
Una es (con soles por ojos,
y por labios alelíes)
la más hermosa villana
que con hidalgas compite;
Rosa nacida en el campo
entre zarzales y mimbres,
pero á quien ceden vencidas
las rosas de los jardines.
Ufanos la engalanaron
á porfía los Abriles,
con cuantas juntaron gracias,
uno tras otro hasta quince.
Diéronla negros cabellos,
cutis que afrenta á los cisnes,
dentadura igual y enana,
cuello torneado y flexible.
Orlan sus párpados blancos
largas pestañas sutiles
coronadas por dos cejas,
arcos que enojan al iris.
Cintura escasa, alto pecho,
pie breve, resuelto y libre,
y dos manos que semejan
ramilletes de jazmines.
Bellísima es la tal *Rosa*,
por más que el pueblo critique
el orgullo con que ostenta
sus encantos juveniles.
Las mozas, que se recata
de sus amistades dicen:

que es la inconstancia excesiva
con que desprecia á quien rinde.
Las viudas, que es demasiada
la libertad con que vive,
y muchos los forasteros
cuyas visitas admite,
y las viejas, de su madre
murmuran que las recibe
con audacia escandalosa
y confianza reprehensible.
Mas *Rosa* y *Brígida* en ellas
con tan poca cuita siguen,
que si estos murmullos oyen,
se deleitan en oírles.
Por eso tan cortesano
baja don *Bustos Ramírez*
diariamente á su casa,
del castillo en que reside.
Barón altanero, y mozo
afortunado en las lides,
cuyas riquezas exceden
á lo ilustre de sus timbres,
dejó ha poco de la corte
la perezosa molicie,
las damas voluptuosas
y los ruidosos festines,
por la calma de sus tierras,
donde su presencia exigen
los negros ojos de *Rosa*,
que diz que en los suyos viven.
Es cierto que se susurra
que un mancebo que la escribe,
palabra de casamiento
tiene de ella, y que es difícil
que la renuncie si vuelve,
lo que es tal vez muy posible.
Mas don *Bustos* es mancebo
de nobilísima estirpe;
Barón que manda vasallos,
á quien escuderos sirven,
á quien pajes acompañan,
y á quien mucho el Rey distingue.
Es señor de horca y cuchillo,
rey en aquellos confines,
y á quien plebeyos é hidalgos
pecho y homenaje rinden.
Y no es otro el que con *Rosa*
sobre el balconcillo sigue
dando á la plaza la espalda
mientras que dura el repique.

Al fin, santiguado el monje
que el templo del lugar sirve,
cada cual tornó á su espera,
y á sus requiebros *Ramírez*.
Apoyado sobre el codo,
deja que el cuerpo se incline,
guardando tras una mano
una mejilla invisible;
y á favor de esta postura,
al pueblo curioso impide
que le aceche las palabras
que á la muchacha dirige.
En la expresión inefable
con que *Rosa* le sonríe,
bien se ve que, en vez de enojos,
satisfacciones recibe;
ni menos de sus palabras
el castellano se affige,
pues cuanto ella más tolera,
más él confiado insiste.
Él platica: ella le escucha
sin que altanera le esquive,
y él más se la acerca osado
cuanto ella oyéndole sigue.
Hubo un instante de aquellos
que el amor llama felices,
que con el alma se sienten
y con el alma se miden,
en que los ojos de *Rosa*
tomaron indefinible
una expresión que imitaba
el gozo en los serafines.
Brotáronle de ambos ojos
sobre los puros matices
de ambas mejillas, dos lágrimas
ardientes, irresistibles;
y apenas aparecieron,
cuando, rápido *Ramírez*,
secando una con sus labios,
así imprudente la dice:
—Mañana serás mi esposa
—¡Señor!

—Mañana.

—¿Es posible?

—Aquí mi palabra empeño.
Mañana es fuerza que brille
mi castillo con tus ojos,
con tu hermosura mi estirpe.—
Bajó, esto dicho, á la plaza
el impetuoso *Ramírez*,

y al monje y al pueblo atento
estas palabras dirige:
«Esta noche pueblo y valle,
con hogueras se ilumine;
que redoblen los panderos
y las campanas repiquen;
que se remedien los pobres,
que se consuelen los tristes,
y todos á mis festejos
desde ahora se conviden.
Mis aparadores cerquen,
mis anchas cubas despiten,
mis tesoros se repartan
y se embriaguen con mis brindis.
Vasallos, de hoy por tres años
quedáis de tributos libres,
y de este modo mis bodas
se dispongan y publiquen.»

Rompió en aplausos la gente,
que su largueza bendice,
y los vivas se redoblan
y las gracias se repiten.
«Dádselas á la hermosura»,
dijo don Bustos Ramírez,
señalando á las ventanas
de donde ella le despide.
Y aplicando las espuelas
al negro potro que rige,
hace que en rápido escape
al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe
agradecida y humilde,
y Rosa, aun en sus ventanas,
muy mal su orgullo reprime.

Algunas horas después,
ya bien entrada la tarde,
la tierra entregada en brazos
de las nieblas impalpables,
de una lámpara de cobre
á los rayos desiguales,
lee Rosa unos pergaminos
que acaba de darla un paje.
Pasaban sus negros ojos
de orgullo y placer radiantes
de un renglón á otro renglón
sin apenas descifrarles.
Los labios le sonreían,
y trémulos dilatándose
por lo bajo murmuraban

sonidos de cada frase.
Una caja de olorosa
madera tiene delante.
y de un cordoncito de oro
pende en su diestra una llave.
Dobló alegre el pergamino,
y agradeciendo el mensaje,
despidió al buen mensajero
y á voces llamó á su madre.

Subió la vieja asustada,
recelosa de algún lance
que en parientes ó en amigos
la fatal carta anunciase;
mas apenas en el cuarto
puso los pies vacilantes,
Rosa, cerrando la puerta,
dijola palabras tales:

—Entrad. Nuestra es la fortuna:
de contento no me cabe
en el pecho el corazón,
ni atino cómo explicarme.—
Brígida exclamó angustiada:
—¡Por Dios, muchacha, que acabes,
que tengo el alma en un hilo!

—Esta llavecita la abre.

—Pero ¿qué se abre?

—Esa caja.

—¡Válgame el cielo! ¡Diamantes!

—Sí, por cierto.

—Y ¿quién....

—Es mía.

—¿Quién te la ha dado?

—Ese paje.

—¿De don Bustos?

—De don Bustos.

—Y tomarla es....

—Indudable.

Es el regalo de bodas
que el de Ramírez me hace.

—¡De bodas!

—¡Pues si me caso!

—¡Muchacha, vas á matarme
con tanto rodeo! ¡Acaba!

—¡Por Dios, que sois torpe, madre!

Si la caja es de don Bustos,
¿con quién queréis que me case
sino con él?

—¿Con tan alto

Barón piensas enlazarte?

—¿Qué me falta para ello?

¿No son mis ojos bastante
para que pueda mi frente
con su corona igualarse?
¿No soy hermosa?

—Eso sí.

—¡Oh! Y no porque yo me alabe;
pero si encuentra otra Rosa,
no digo yo en todo el valle,
sino en la corte, en España,
si la encuentra...., que se case.—

Y así diciendo, á un espejo
de reojo contemplándose,
desplegaba una sonrisa
que diera envidia á los ángeles.

Viala la pobre vieja
sin que apenas la bastasen,
para darla entero crédito,
ni su acción ni su lenguaje.
Rosa, en tanto, alta la frente,
los ojos de una á otra parte
inquietos y desdeñosos,
altivos los ademanes,
despreciando hosca y soberbia
cuanto en torno suyo trae,
la majestad ensayaba

que es forzoso que acompañe
á quien ha de ver un día
sus vasallos humillarse,
y hacer á la plebe grupos
para verla cuando pase.

Después de largo silencio
que duró por ambas partes
cuanto bastó á su esperanza
para alzar torres al aire,
y amasar en sus adentros
tan rápidas novedades,

á Rosa para engreirse,
á la otra para asombrarse,
asiéronse de la caja,
y dando vuelta á la llave,
atónitas empezaron
á gustar las realidades:
Allí ricos brazaletes
y diademas y collares;
allí amatistas y perlas,
cornalinas y corales;
probáronse los anillos,
las pulseras de brillantes.
No quedó nada por verse
ni nada por admirarse;

todo pareció á propósito
hecho para aquel instante;
todo era espléndido y rico,
nada pequeño ni grande.

—Esta guirnalda, decían,
para el día en que te cases.
—Sí; el collar por la mañana,
la diadema por la tarde.

—¡Linda estarás!

—Ya veréis

la vez primera que baje
á visitar á mi pueblo.

—¡Hechicera!

—¡Oh, admirable!

—Y ¿qué dirán esas ñoñas
de hidalguitas?

—Dejad que hablen.

Ya me besarán la mano.

—Eso sí, por más que rabien.

—Se arañaran por un dije
si yo se le regalase.

—Mal hicieras.

—¡Ah, ni un hilo

para esas villanas, madre!—

Aquí llegaban gozosas,
cuando oyeron en la calle
un caballo que en la plaza
entraba á resuelto escape.
Paróse á su misma puerta,
sintióse después el grave
rechinar de los portones,
y volver luego á cerrarse.

—¡Él es!

—¿Quién?

—Don Bustos.

—¡Vaya!

—Pronto. Salid á alumbrarle.
Mandad que el potro le tengan,
que le piensen y descansen.—
Y asiendo la lamparilla,
temiendo que el tiempo falte,
fuése hacia la puerta Rosa
que hasta la escalera sale;
pero antes que al picaporte
la linda mano llegase,
abriéronla por defuera,
y con pena de hija y madre
entró, cubierto de lodo,
sangrientos los acicates
y armado hasta los bigotes,

su pariente Pedro Ibáñez.
Quedó estúpida la vieja;
tornóle Rosa el semblante,
y él, tendiéndolas los brazos,
dijo:—Yo soy; abrazadme.—
Dejó la luz la muchacha,
y del mozo retirándose,
replicóle:—Bien venido;
pero has llegado muy tarde.

Asentados en silencio
en derredor de la mesa,
están Ibáñez y Rosa,
él triste, y mohina ella:
Rosa, los ojos clavados
en el techo, airada muestra
el disgusto con que á Ibáñez
en aquel punto contempla.
Y en vano del bello mozo
la vaga mirada inquieta,
las miradas de la ingrata,
porque se encuentren, acecha.
En vano tras de la lámpara
se ampara en la sombra negra,
y la ocasión esperando,
los ojos le reverberan.
En vano sobre el asiento
se revuelve y se impacienta,
haciendo á cada postura
que rechine la madera.
En vano, desenlazando
del almete las correas,
sacudió como al descuido
de la gola entrambas piezas.
En vano al asir la espada
tropezó con las espuelas,
y retumbó el aposento
en rápido son de guerra.
Rosa, ni por reprenderle,
ni por saludarle atenta,
sobre el mancebo los ojos
bajó un instante siquiera.
De la habitación en torno,
de uno á otro objeto los lleva,
cual si fuese inventariando
todos cuantos hay en ella.
Viga á viga midió el techo,
listón á listón la estera,
contó al parecer los vidrios
de la alcoba y de las puertas,

los pliegues de su cintura,
las rayas que hay en la mesa,
y las líneas que sus manos
por ambos lados presentan.
Escuchó el silbar del cierzo
que revuelve la veleta,
el rumor de los que pasan,
la bulla de las hogueras.
Todo lo que no es Ibáñez
parece que la interesa;
hasta el son con que la lámpara
húmeda chisporrotea.
Pero el mozo allí se está
y arrobado la contempla,
y dos lágrimas de fuego
por las mejillas le ruedan.
Cansado ya de esperar,
y desesperado de ella,
díjola con voz tan blanda,
que contestaran las piedras:
—¿Qué es aquesto, vida mía?
Rosa, ¿qué mudanza es ésta?
Tú al partirme me llorabas,
¿y te enojas con mi vuelta?—
Rosa callando seguía,
y él siguió de esta manera:
—Heme aquí que vuelvo honrado,
más tal vez que lo merezca,
amigo de los valientes,
querido en la corte mesma.
Pensé merecerte ahora,
y he conseguido licencias
para casarme contigo
y alejarme de la guerra.—
Rosa callando seguía
como á quien oír le pesa,
dando entre las blancas manos
á los ceñidores vueltas.
Ibáñez, apenas dueño
de su rebelde paciencia,
entre ofendido y colérico
aguardaba una respuesta,
hasta que viendo que Rosa
toda agotársela intenta,
con sordo acento la dijo,
celosos ojos tendiéndola:
—Si las nuevas que hube tuyas
cuerto estimase por ciertas,
¡vive Dios que no tornara,
Rosa ingrata, para verlas!

Si pensara yo que imbécil
el oro te enloqueciera,
trajera cuanto mi lanza
para los cobardes deja;
y si que ansiabas supiese
honras de vana nobleza,
prendiera yo al condestable,
y conde ó marqués volviera;
pero yo te quise, Rosa,
aunque altiva, no opulenta,
y pensé que por valiente
simple hidalgo me quisieras.—

Rosa á este punto, dejando
el sillón en que se asienta,
díjole:—Ibáñez, dejemos
semejantes controversias:
si te quise y no te quiero....
—¡Por Dios vivo!....

—Ten la lengua.

Mañana mismo me caso;
y por súplica postrera
espero que de este pueblo
partas esta noche mesma.
Seré inconstante, traidora,
liviana....., cuanto tú quieras,
pero lo tengo pensado
y estoy, Ibáñez, resuelta.
—Pero....

—Tu empeño es inútil.

Mi voluntad es aquésta.

—Y tus votos....

—Fueron falsos.

—Y tus caricias....

—Quimeras.

—Y ¡tantos años perdidos
en ilusiones risueñas!
¡Tantos sudores y afanes!
¡Tantos peligros por ella!
¡Virgen santa, yo deliro!
¿Qué infernal visión es ésta?
Porque á juzgarla posible,
tanto tiempo no viviera.—

Y así Ibáñez exclamando,
se asía de las melenas,
desencajando los ojos
como á quien sueños aquejan.
Rosa, la luz en la mano,
caminando hacia la puerta,
miraba el dolor de Ibáñez
con expresiva impaciencia.

En esto, en el aposento,
la faz amante, risueña,
el ferreruelo forrado
de blanca y crujiente seda,
dorado estoque, y de plumas
linda gorra en la cabeza,
entró don Bustos Ramírez
en apostura altañera.
—Linda Rosa....., dijo; y viendo
á Ibáñez que le contempla
con ojos entumecidos,
tornó la vista severa.
Rosa, apresurada, dijo:
—*Es un pariente que llega
de la ciudad.*—Y don Bustos
prosiguió así:—Norabuena.
Seáis, hidalgo, bien venido:
asistiréis á la fiesta,
y recibirán mis bodas
honra con vuestra presencia.—
Tendió al soldado la mano,
y él, sin mirar lo que hiciera,
con el recio guantelete
la suya al Barón presenta.
La asió don Bustos y dijo:
—A no saberlo, creyera
que fuera, en vez de amistad,
de reto esta mano prenda.—
Miróle Ibáñez un punto,
y en insondable reserva
velando el gesto, repuso:
—Tomadla como os convenga.
Y tornando las espaldas,
tomó á obscuras la escalera.

De brindis y carcajadas
estrepitoso rumor
Se levanta de don Bustos
en un inmenso salón.
Alúmbranle mil bujías
suspensas en derredor,
entre guirnaldas de flores
que hábil mano entrelazó.
Vistiéronle de tapices
exquisitos en valor,
y cubriéronle de alfombras,
de un califa regio don.
En ricos aparadores
remeda la luz del sol